

La música española en Lisboa

Una serie de conciertos de música española en Lisboa ha hecho que la prensa de la nación vecina dedique la más despierta atención a nuestra música. Entre los trabajos que estos acontecimientos artísticos han provocado, hemos preferido el que sigue:

De una manera general puede decirse que España es una nación productiva en lo que se refiere a creación musical. A lo largo de su historia de la música encontramos, en cada centuria, compositores cuyo genio, inspiración y personalidad, les han granjeado fama mundial. No todos los países de Europa pueden vanagloriarse de ser productivos en música, y menos en música de quilate superior. El ambiente español, su clima espiritual y material, sin duda, predispone a la creación musical y a la favorece. Los melómanos lusitanos conocen bien a dos de los más ilustres compositores españoles: Manuel de Falla y Ernesto Halffter.

Si se estudian las más recientes obras de los compositores de diversos países europeos, de los que sea lícito decir que actualmente se encuentran en auge, los ingleses Vaughan Williams y Walton, los alemanes Hindemith y el joven compositor Egk, el checo Martinu, el holandés Badings, el dinamarqués Høffding, el italiano Malipiero, el ruso Chostakovitch, todos ellos músicos de raza, de formación y de ideas distintas, coinciden, no obstante, en una característica estética de su música más reciente: en un retorno al romanticismo, al sentimiento, a la expresión, a la confesión individual. Semejante tendencia de nuevo romanticismo se manifiesta también en la moderna música española.

En realidad en este país, el llamado «estilo entre las dos guerras» y aquella música motórica, objetiva y abstracta, altamente intelectual y cerebral, nunca ha conseguido prender raíces, pues para ello es el suelo español demasiado espontáneo e impulsivo. Dicho de otra manera, para todo músico español existe una absoluta equivalencia entre el elemento melódico y el rítmico de la música, sin que prevalezca el uno sobre el otro. Lo contrario sucede en algunos países de Europa Central y Oriental.

Un diplomático rumano nos dice que para los rumanos la melodía es condición primordial de la música. No obstante, según sus experiencias, predomina para los húngaros el ritmo y el barullo. De aquí resulta que en el arte moderno húngaro se encuentra uno con tantas obras que ya no son música, sino ruidos.

En España jamás se ha cultivado la música experimental. Las normas estéticas de su música se atienen siempre al nexo humano y a las máximas de la civilización occidental. En España, no se especula con la música, y en sus autores, ante todo sinceros, resalta la continuidad de estilo y de estética, cuya evolución y desenvolvimiento han sufrido algunas interrupciones no por cuestión de modas ni por adaptación de manierismos.

Con Pedrell, Albéniz, Granados, Falla y Turina, la música española se asienta sobre bases firmes.

En el grupo de compositores que trabajan en Madrid debemos destacar a Joaquín Turina, a Conrado del Campo y a Joaquín Rodrigo. Turina es el sevillano encantador que enriquece la música española con su fina sensibilidad de artista íntegro. Hemos oído algunas de sus melodías, admirablemente interpretadas por la eximia cantante Lolita Rodríguez Aragón y acompañadas por el propio autor. Tanto estas melodías, de un cuño perfecto, como sus últimas obras instrumentales, de gran aliento, demuestran que la vena musical de Turina mantiene inagotable su frescura y su naturalidad y que no necesita recurrir a los sofismas de los impotentes.

Conrado del Campo es el maestro de las grandes dimensiones, del sinfonismo sólido que divaga en profundas meditaciones. Sus obras merecen ser mejor conocidas en el extranjero. Su labor pedagógica es admirable. En su fragua se han formado algunos de los mejores compositores de nuestra generación.

Joaquín Rodrigo, autor del famoso «Concierto de Aranjuez», trabaja incansablemente y brinda a la música española obras de auténtico valor.

Dentro de poco podrá admirar el público su «Música para el atardecer», dos piezas para piano y orquesta que escribe ahora el eximio compositor para María Antonieta Levêque de Freitas Branco. Trabaja además en un concierto para violín y orquesta y en un poema sinfónico titulado «Melibea», basado en la Celestina, de Rojas. También la música de Rodrigo manifiesta el romance, la humanidad y la idiosincrasia nacional de vigorosa corriente de música europea.

Dos vascos debemos mencionar, el genial Jesús Guridi, cuyos «Cantos castellanos» serán un monumento perenne de música hispánica.

Hace pocos días regresó también a España el padre Donostia, el mejor conocedor de las músicas vasca. Y nos alegra que este músico vuelva a trabajar en España. En Cataluña están el divino y sutil Federico Mompou y el sensible y desbordante Manuel Blancafort que, a través del impresionismo y neo-

LA CRÍTICA DE LOS OTROS

romanticismo, han creado ese singular estilo catalán, en extremo vibrante, luminoso y comunicativo. Ambos han ampliado la forma propia, introduciendo en sus últimas obras una mayor elaboración temática y contrapuntística.

Mompou es indudablemente entre todos los autores europeos el que mejor sabe cantar y encantar en el piano; es un aristócrata y poeta de la música. Blancafort no posee esa celeste simplicidad, su sencillez, su severidad compleja, su ponderación problemática. La obra de Blancafort, que ha encontrado en María Canals una intérprete ideal, debería ser ejecutada por los pianistas que aman su instrumento y que cultivan la música con alma.

Debemos citar entre los más recientes a Javier Montsalvatge, espléndidamente dotado, pero sin definir aún su propia personalidad. Además componen en Barcelona otros primorosos autores, como Eduardo Toldrá, Antonio Massana y los maestros Pujol y Zamacois. Mencionamos también a los valencianos Vicente Garcés, autor ya consagrado, y a más los jóvenes Miguel Asins Arbó, José Bagueña Soler y José Mir Félix.

Como se puede deducir de este rápido esbozo, existen en España excelentes compositores. Integrados en



Manuel de Falla

la grande y eterna corriente de la música europea, los músicos de las Españas producen obras que honran a las instituciones musicales de su país, y, al mismo tiempo, radian en el mundo entero la proverbial musicalidad del pueblo español.

(Santiago Kastner, «Domingo», 18 de julio de 1943.)

José d'Arbaud

El poeta provenzal José d'Arbaud ha merecido de la Academia Francesa un premio por el conjunto de su obra provenzal. Su historia misma, mejor dicho, su biografía, se presenta como un magnífico poema, fuerte y gracioso, que comienza ya antes de su nacimiento.

EN aquel tiempo vivía, cerca de la antigua ciudad de Cavaillon, en el valle del Caillon, una muchachita con nombre de leyenda, Azalais. Y, aunque su padre se contaba, entre los felibres, primeros

compañeros de Mistral, a la niña le fué prohibido usar la lengua que había aprendido con los besos de su nodriza, y para mayor seguridad se la envió a un convento en el que no se enseñaba más idioma que el francés del norte. ¡Ay!, era entonces norma en la buena sociedad que no veía que con esto decoraba el rostro de la patria y aceptaba su deserción.

Pero un buen día, un «Armana Provençal», el primero, el de 1885 que Roumanille y Mistral acababan de lanzar, cayó ante la vista de la muchacha. Quedó encantada por las razones de los dos poetas. Y, ebria de amor y de reconocimiento hacia su tierra y hacia su lengua, Azalais también cantó.

Los glosadores de la «Antología del Felibrije Provençal» nos dicen que «el azar hizo caer en manos de un felibre su primer ensayo de poesía provenzal «Madaleno e lou Tavan». Y escribe Azalais: «Es bastante difícil engañar a un felibre. Mi escritura y mi gusto notorio por la literatura provenzal me traicionaron».

Puesta en comunicación con Mistral y Roumanille, este primer canto se juzgó digno de insertarse en el «Armana» de 1860 y así se dió a conocer entre algunos refinados de cultura provenzal... (Ella fué la madre del poeta galardonado.)

Habría que citar de José d'Arbaud «Le Laurier d'Arles», «Les Rameaux d'Airain» y los «Chants palustres», todavía desparramados en periódicos raros y que habría que reunir en un volumen. Este sorprendente poema lírico en prosa y «La Bete du Vacares», construida sobre las leyendas, los usos y costumbres de Camargue y al que ha puesto prólogo Charles Maurras, son la expresión más verdadera, la más entusiasta, al mismo tiempo que la más viril, de una región maravillosa donde el esfuerzo continuo del hombre, la malignidad del suelo y la rudeza del animal se combaten, se unen, después se separan para combatirse y unirse de nuevo.

Luchas sin fin—como todas las de la vida—, donde el hombre no mantiene su vacilante victoria más que a costa de una voluntad sin cesar en tensión.

Esto quizá pueda servir de ejemplo hoy y mañana a toda la nación francesa, como ha servido ayer y hoy para sublimar los dones y los recursos de la «Nación guardiana».

(Louis Gonnet (A. F., 17 julio 1943.)

Sobre Heidegger

Un periódico de Madrid ha lamentado días pasados que no se traduzcan una serie de autores, entre cuyos nombres—quizá todos los citados eran ateos—estaba el de Heidegger. Por nuestra parte, creemos que los que verdaderamente se interesan por la filosofía no necesitan la traducción, porque lo leen en alemán. Para los demás, no sería provechoso y quizá si muy perjudicial. El padre Kuiper, en una conferencia en la Academia Pontificia de Santo Tomás de Aquino, ha sentado como conclusión de la filosofía de Heidegger.

TODO queda en ruinas: la trascendencia de Dios, la creación libre, el gobierno divino del mundo, la unidad de la naturaleza humana, la inmortalidad del alma, la libertad de la voluntad, la espiritualidad del hombre, su personalidad, sus fines supremos y sus derechos más sagrados: todas aquellas verdades sin las cuales no podemos «vivir», o sin las cuales la vida se convierte en el infierno que hoy conocemos. Todo se pierde con la razón absolutamente autónoma, y he aquí a la humanidad entera a merced de fuerzas oscuras y divinidad falsa que lo despedaza, en un mundo sin alma, sin justicia y sin paz.

Los filósofos cristianos reconocen de grado que también fuera de su círculo hay muchos espíritus selectos e inteligencias agudas que buscan la verdad con lealtad de intenciones y noble pasión. Estos, por su parte, deberán reconocer que la filosofía no pierde nada de su pureza, si no cierra obstinadamente los ojos para la verdad del cristianismo. Esta, en los casos en que están juntas verdades naturales, indica la conclusión a que hay que llegar; pero la filosofía sola hace la demostración partiendo de sus propios principios y con propios medios; de modo que no pierde en realidad su dignidad de ciencia pura. La perdería sólo si la verdad cristiana fuese adoptada como principio demostrativo y la certeza fuese adquirida con un recurso a la autoridad.

Dejándose guiar en el modo dicho por la verdad cristiana, la conquista laboriosa de la verdad filosófica se hace más segura, más fecunda, y su contribución a la cultura humana, más constructiva, y, a la verdad, también más apreciada. Porque el mundo moderno, en el marasmo en que se encuentra, no necesita de «novedades» que se sucedan y se destruyan mutuamente, sino de verdades estables respecto del sentido auténtico de la vida, que son las únicas que pueden constituir la base sólida de un orden nuevo.»

(«L'Osservatore Romano», 27-5-1943.)